

## ¿'Magnífica posthumanitas'?

Ingenuo es quien cree que al tecnocapitalismo le importa de verdad la mejora de la vida en un mundo cada vez más hostil

EL OFICIO  
DE VIVIR  
JUAN AGUIRRE



En la semana que termina han confluído dos acontecimientos de significación opuesta. De un lado, Las Vegas acogió la disputa de los primeros 'Juegos Mejorados' con deportistas dopados en competición. Un escaparate con objetivos tanto ideológicos (al servicio de la nueva religión del superhombre tecnificado) como comerciales (la promoción de productos del emergente sector de la modificación humana). El biocapitalismo, que ha colonizado ya nuestros datos, mentes y capacidad de atención, apunta ahora a la explotación de los cuerpos más allá de los límites probados.

De ello es partidario uno de sus preclaros teóricos, el posthumanista Andrew Pickering, ante la necesidad de «devenir algo más interesante y divertido de lo que somos hoy, una especie que yo encuentro vagamente vergonzante». Toda una confesión de odio de sí y negación de la dignidad, valor y singularidad de la naturaleza humana. A ese «algo más interesante y divertido» se llegaría multiplicando potencialidades físicas y cognitivas mediante hibridación con tecnociencias nano-bio-info-cogno. En el horizonte final asoma, según esos profetas tecnoutópicos, el posthumanismo, fusión de cerebros biológicos más IAs superiores alumbradora de una entidad desencarnada y casi divina. El animal humano se elevará sobre su miserable condición llegando al reino de la 'magnífica posthumanitas', por parafrasear el título de la encíclica papal, segundo acontecimiento de esta semana.

Emplaza León XIV en su carta doctrinal a que resistamos a la ambición de la tecnología por adueñarse de nosotros sin por ello renunciar a sus beneficios. «Estamos llamados a interrogarnos sobre el gran proyecto de nuestra época: ¿qué estamos construyendo?», se pregunta el pontífice. La respuesta es que, de momento, estamos construyendo una sociedad neurótica, desorientada, frustrada, con pulsión de muerte. Y del lado de los 'triunfadores' vemos una estéril y absurda obsesión por trascender todas las limitaciones, hasta la omnipotencia. Otro calificativo no tiene la delirante arrogancia de los fáusticos billonarios de Silicon Valley que sueñan con vivir 300 o 500 años, o de un Elon Musk que aspira a dotarse de un supercerebro cibernético que le situará mentalmente muy por encima del resto de sus congéneres.

Por esto, hay que ser muy ingenuo para creer aún que al poder tecnocapitalista le importa de verdad la mejora de las condiciones de vida del común en un mundo cada vez más hostil. Más bien es este un asunto que no le resulta ni «interesante» ni «divertido».

# 'Magnífica Humanitas': una llamada a reconstruir la dignidad

MONS. FERNANDO PRADO AYUSO

Obispo de San Sebastián

Podemos empezar por una decisión humilde: mirar de nuevo, escuchar a quien habíamos reducido a ruido, reparar un tramo del muro o tender una mano.

Una sociedad puede levantar torres altas y olvidar cómo se construye un hogar. Tal vez la gran cuestión, más que con la técnica tenga que ver con lo humano: si todavía sabemos mirar al otro como alguien cuya dignidad me concierne. Es la pregunta que se hace el Papa León XIV en su encíclica, escrita en época de algoritmos y de inteligencia artificial.

Hay palabras que, de tanto usarlas, corren el riesgo de quedarse vacías. Una de ellas es «dignidad». Todos decimos defenderla, pero ¿de qué hablamos? ¿De una idea noble, pero abstracta, o del rostro de quien no cuenta, no produce, no encaja o no tiene voz? La dignidad no vive en los conceptos; vive en los rostros: el anciano solo, el joven sin horizonte, el migrante tratado como amenaza, el trabajador explotado, la mujer maltratada, el enfermo dependiente, la víctima de abuso o el pobre que molesta.

'Magnífica Humanitas' ofrece una reflexión sobre la dignidad humana y la doctrina social de la Iglesia. Su análisis de la influencia de las tecnologías en esta hora es excelente. Pero su valor principal está en la pregunta que deja abierta: ¿qué hemos hecho –y qué estamos haciendo– con la dignidad del otro? No es una pregunta solo para creyentes.

Vivimos un tiempo extraño, lleno de avances y heridas abiertas. Proclamamos muchos derechos y, sin embargo, muchos sienten que su vida no importa. La imagen bíblica de la torre de Babel resulta actual: la tentación de construir sin Dios olvidándose del hermano. Allí fascinan la grandeza, la eficiencia y la autosuficiencia. Pero Babel termina en confusión porque se rompe la comunión. El problema no es la pluralidad, sino la incapacidad de convertirla en encuentro.

La Doctrina Social de la Iglesia no es ideología ni programa de partido. Invita a mirar la realidad desde la persona concreta, el bien común, la solidaridad y la convicción de que nadie es material de descarte. Mirar desde la dignidad significa preguntarse quién queda fuera cuando decimos «progreso» y quién cuida de los más débiles.

El Papa León recuerda que la Iglesia no puede hablar de dignidad humana como si la cuestión estuviera solo fuera de ella. Su credibilidad no depende de la belleza de sus principios, sino de la verdad de sus prácticas. Quizá, reconoce el Papa, no siempre hemos estado a la altura.

El documento evoca también la figura de Nehemías. Escucha que Jerusalén está en ruinas y no mira hacia otro lado: llora, ora, discierne y se pone a reconstruir sus murallas. Pero no lo hace solo; convoca al pueblo y cada cual repara una parte, ladrillo a ladrillo, codo con codo. Así, León XIV recuerda que sinodalidad significa «caminar juntos». No es una moda eclesial, sino una forma de ser Iglesia que escucha, conversa, discierne, se corrige, comparte responsabilidades y busca servir



ILUSTRACIÓN JOSEMARI ALEMÁN AMUNDARAIN

**Mirar desde la dignidad significa preguntarse quién queda fuera cuando decimos «progreso» y quién cuida del más débil**

mejor. Puede ser una palabra profética que dice también a nuestra sociedad: «nadie construye solo».

En un mundo polarizado, caminar juntos parece casi revolucionario. No porque todos pensemos igual, sino porque aceptamos buscar la verdad sin destruirnos ni deshumanizar al otro. Quizá necesitemos hoy algo de ese espíritu en nuestra sociedad y también en nuestra Iglesia. No levantar muros contra nadie, sino reparar y fortalecer los muros interiores que protegen la dignidad: la confianza, la palabra dada, la justicia, la hospitalidad y el cuidado de los débiles. El Papa León nos interpela: ¿qué parte del muro me corresponde reconstruir?

A quienes no comparten la fe cristiana, el Papa no quiere decirles: «venid a nuestro terreno». La invitación es más humilde: «encontremos juntos el terreno humano donde la

dignidad de cada persona pueda ser reconocida, protegida y promovida». Compartamos preguntas: ¿qué hacemos con el sufrimiento evitable? ¿A quién dejamos fuera? La dignidad humana se defiende en las grandes leyes, pero se juega también en gestos pequeños: cómo tratamos al dependiente, cómo miramos al pobre, cómo acogemos al migrante...

Quizá hemos separado demasiado la justicia de la ternura. La dignidad necesita ambas: estructuras justas y corazones capaces de compasión. Quizá necesitamos menos torres y más hogar. Menos ruido y más escucha; menos etiquetas y más nombres. En el fondo, se trata de volver a abrir camino a aquella «civilización del amor» donde la justicia no se separa de la ternura ni la verdad de la misericordia.

Reconstruir la dignidad nos corresponde a todos: creyentes y no creyentes, instituciones y ciudadanos, Iglesia y sociedad civil. Nadie puede hacerlo todo, pero nadie debería decir que no puede hacer nada. Podemos empezar por una decisión humilde: mirar de nuevo, escuchar a quien habíamos reducido a ruido, reparar un tramo del muro o tender una mano. Porque una sociedad empieza a salvarse cuando alguien se detiene ante el herido y le dice: «tu vida me importa».